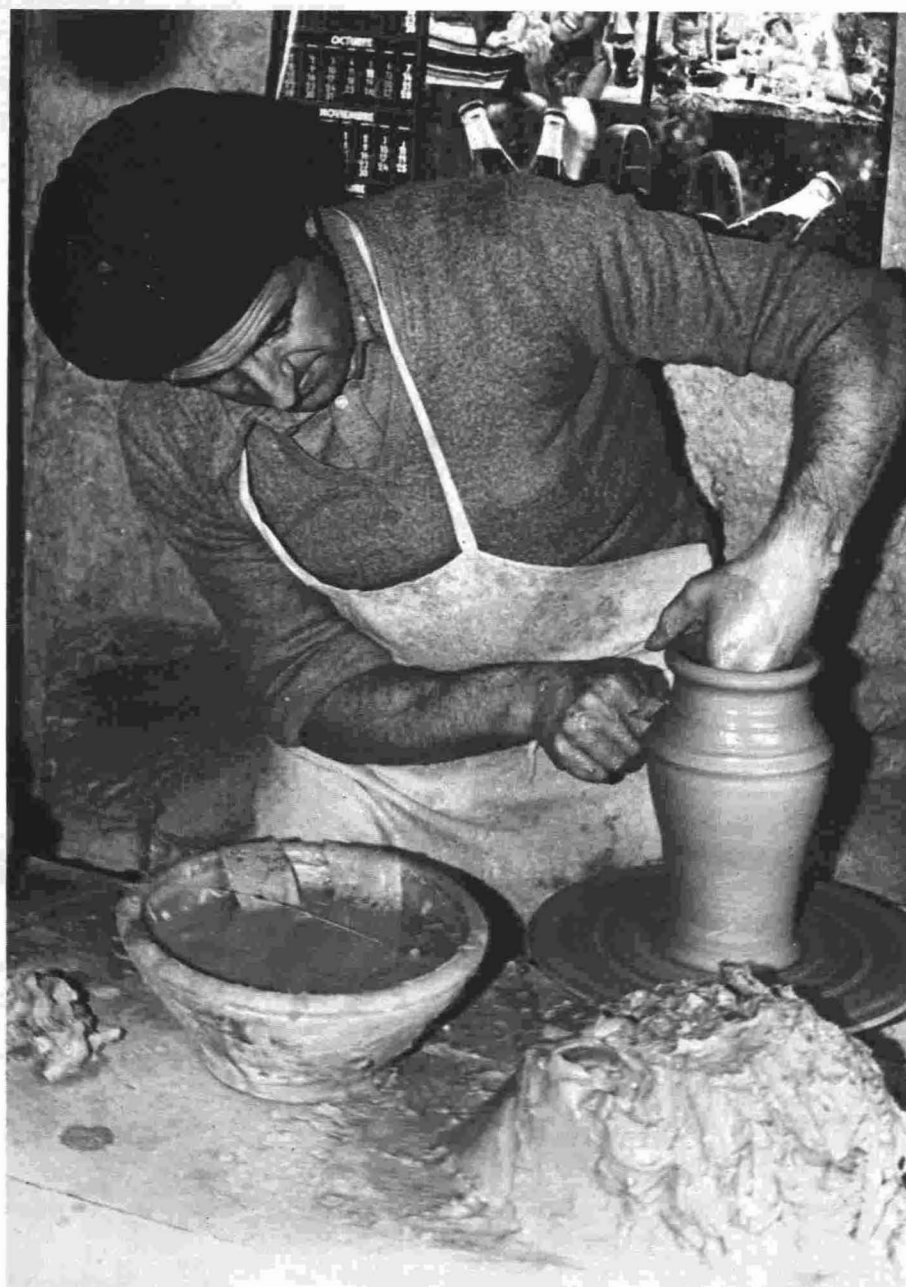


LA CERAMICA VIDRIADA DE

ALBA DE TORMES Y TAMAMES

Texto y Fotos:
Jesús María Corredera Martín



El alfarero, en el torno, transforma el barro en pieza de cerámica.

Entre las artes populares de la provincia de Salamanca, la alfarería ha sido uno de los oficios artesanales con más tradición y arraigo¹, hasta tal punto, que hubo un tiempo en que el oficio más frecuente en muchas poblaciones, fue el de alfarero. Hoy, debido en gran parte a la competencia de la cerámica industrial, a la falta de necesidad en el uso doméstico de los "cacharros", que se ven relegados a cumplir una misión netamente decorativa, y al manifiesto deseo de los hijos de los artesanos de no querer continuar el oficio por encontrarlo poco rentable, hace que sólo algunas poblaciones conserven el privilegio de albergar a los maestros del torno y el barro, que continúan fabricando sus piezas con el regusto de siglos.

Alba de Tormes y Tamames, son sin duda alguna, los dos centros alfareros salmantinos más codiciados por los "filo-ceramistas".

LOS PRIMEROS ALFAREROS

Aunque hay opiniones acerca de los primeros alfareros de Tamames, lo cierto es que no existe un criterio unánime que permita asegurar cuándo se establecieron. Si nos guiamos por las únicas señales —el testimonio de Francisco García, el alfarero más viejo de España, y algunas piezas de hace aproximadamente 300 años—, se podrían hacer conjeturas diciendo que, en Tamames, los alfareros comenzaron a trabajar el barro, por el s. XVII.

Lo mismo ocurre en Alba de Tormes que, aunque con más señales —restos de loza, testimonio de alfareros, alusiones en documentos, etc.—, que hacen suponer una antigüedad bastante considerable, tampoco podemos afirmar cuáles fueron los primeros decenios en el arte del torno ¿500..., 600 años...?

DE LA TIERRA A LA VITRINA O EL PROCESO DE FABRICACION

Las únicas diferencias en la fabricación de la cerámica vidriada de Alba de Tormes y Tamames, se resumen en los siguientes conceptos: mientras que en Alba de Tormes, la

masa se consigue mezclando "barro fuerte" y "pizarrilla" en proporción de uno por dos, en Tamames, la "pizarrilla" o "barro flojo", se sustituye por "canchas", que es un tipo de tierra más porosa. Por otra parte, el sulfuro de plomo o galena, que es lo que provoca el vidriado, en Tamames se echa directamente a la pieza, mientras que en Alba va sobre una capa de "greda", que no es otra cosa que barro líquido, que se consigue mezclando briznas finísimas de tierra, previamente cribadas con un cedazo, y agua. La tercera diferencia, radica en la creación de piezas de una población y otra; por ejemplo, la filigrana de Alba de Tormes, aunque no cuenta con más de cien años de existencia, ha adquirido una enorme popularidad con esos primerísimos premios en diversas exposiciones con carácter nacional, y por supuesto, siguen fabricándose, como siempre, los cántaros, botijos, pucheros, etc.

Y en Tamames, son célebres los "carbocheros" o asadores de castañas, las tuberías, que aún hoy conducen el agua hasta muchos hogares, las vajillas de La Alberca, etc.

Otra diferencia está en la pintura, como se verá más adelante.

Expuestas las diferencias, vamos a concretarnos en el proceso de fabricación de la cerámica salmantina:

El barro

Extraídos a punta de azadón los dos tipos de tierra —barro fuerte y pizarrilla o canchas—, se echan en una pila con agua, para ablandarlos, al tiempo que la masa es removida con la "batidera", formada por un palo largo que se une a un semicírculo de hierro, por el centro de la curva. Después, el alfarero agrega agua, alternando el batido y tiempo de espera para que se depositen las "grancias" o impurezas de la tierra, como rollos, piedras, etc., en el fondo de la pila; acto seguido, y a través de una criba, echa el "chocolate" en otro pilón. Cuando el líquido ha reposado y adquirido cierta consistencia, practica un orificio al ras de los posos, en una esquina del "coladero"; al instante brota el agua, y el alfarero me explica que está "sangrando el barro".

Estos pasos, a base de intemperie, se "enceran"; es decir, adquieren cierta solidez, debido a la evaporación del agua. Cuando toman la consistencia adecuada, se "empellan"; una



Los últimos artesanos de Tamames.



Cerámica de Tamames.

“pella” es algo así como un prisma de barro, de cincuenta por veinte centímetros aproximadamente, y alrededor de doce kilogramos de peso. Los bloques de barro o pellas, se transportan en carros hasta la alfarería para completar la “pilada de barro”, o montón de pellas, que ocupan un receptáculo cuya base suele ser pizarra grisácea, muy abundante especialmente en la zona de Alba de Tormes.

En fin, toda esta “metamorfosis”, en un proceso de varios días, sufre la tierra hasta convertirse en barro de alfarería.

La creación

Nuestras alfarerías, conservan el aspecto de aquellas que conocí en mi niñez, e incluso que conocieron mis abuelos: techumbres bajas que muestran viejas vigas ennegrecidas, paredes pedregosas, deformes y enjalbegadas por la pasta ocre del barro, “la pilada”, el torno, un pequeño ventanal y esa lámpara desnuda, en otro tiempo carburo, que pende del cordón embarrado.

El alfarero, coge una de las “pellas”, y ejecuta una especie de danza sobre ella: es el “pisao”. De ahí, a un poyo de pizarra para amasar el barro, ora con el puño, ora la palma, ora pulgares, ora brazos y codos... Arranca un pedazo y se sienta en el tablón estrecho adosado a la pared, al tiempo que “patalea” rítmicamente sobre la “volandera”.

* * *

Antes de seguir adelante, voy a describir el torno, para que cuando emplee una palabra típicamente alfarera, se sepa a que me refiero: “volandera”, es un entarimado redondo, con un diámetro de metro y medio aproximadamente, que gira al impulsarla el alfarero con los pies; del centro sale un eje o “árbol”, que se une a otro círculo de acero o madera, de unos 15 centímetros de radio; es el “rodal”, donde el artista transforma el barro en piezas de cerámica, al nivel de sus caderas. Entre el “árbol” y la pared que protege el torno, queda un trozo de madera o “descansillo”, para apoyar los pies.

Sigamos: cuando el “rodal” está en marcha, coge un pedazo de barro, hace una bola y lo estrella casi en el centro del hierro. Se unta las manos de barro viscoso, y con tierna presión, subsana el casi, por un centrado perfecto, al tiempo que el bolo se transforma en cono perfecto..., almirez...,

cilindro hueco..., se ensancha, aparece una esfera..., vuelve a estrecharlo..., saca otra panza que termina en bola circular... Al instante, el “rodal” deja de girar, y el alfarero me pregunta: ¿Te ha gustado?. Yo aún boquiabierto, ensimismado en la obra, me apresuro a preguntarle, con la inquietud de quien ha deseado hacer lo mismo:

- ¿Cuánto se tarda en aprender?
- ¡Uf! Sólo hasta que se aprende a tirar el barro, pasan meses. Pero lo que se dice en conocer el oficio de verdad, ocho o diez años. Ahora, eso sí, para aprender, hay que empezar por la tierra, cavando el barro, batiéndolo..., etc. Lo demás, con paciencia y afición.
- ¿Qué edad es buena para comenzar?
- Con afición y constancia, cualquier edad es buena; pero si he de fijar una como ideal, podrían ser los diez o doce años. Yo aprendí de mi padre, mi padre de mi abuelo, y así una lista muy larga, o sea, que he “ma-mao” el oficio.

Interrumpe la lección, para refrescarse con un chorro de agua fresca de botijo.

- Mientras hacías la pieza, salió como una ampolla en el barro, y la quitaste con la uña...
- Efectivamente, y así se llama: “ampolla de aire”. Ocurre cuando se trabaja con “barro fuerte”.
- ¿Y esos chismes que has utilizado de vez en cuando...?
- Pues sí, exactamente cuatro: el “tacón”, la “pelleja”, la “púa” y el “cable”.
- ¡Explícate, hombre...!
- El “tacón”, es un pedazo de tabla que sirve para trabajar el barro; la “pelleja”, es un cacho de badana para el afinado; la “púa”, un trozo de caña, que sirve para el releje y el “cable”, para despegar el barro del “rodal”.

SECADO Y PINTURA

Termina el torneado, y mis alfareros, con mimo extremado, despegan su obra del “rodal”, la colocan en un tablón y con él a las sombrías vigas, en espera de un lento secado. Otras veces, depende de la pieza, las calles se adornan con el color ocre de cántaros, “carbocheros” o botijos que endurecen al sol.



Cerámica de Tamames.

El paso siguiente —vidriado en Tamames, y vidriado y pintura en Alba de Tormes— es algo así como el sello que acredita la procedencia de la obra, con todas las garantías consabidas al hablar de la cerámica salmantina. En las piezas en basto, esto es, con el calor propio del barro, sin brillo alguno, los dibujos se sustituyen por incisiones de formas caprichosas.

Alba de Tormes, rarísima vez utiliza incisiones en los vidriados, sino que las piezas van decoradas a base de dibujos en amarillo, con figuras de ramas, flores, hojas, líneas y puntos. Tamames en cambio, no utiliza dibujos pintados, y cuando no hay incisiones, el decorado es a base de racimos en relieve, picos, etc., formas que Alba añade a los típicos botijos de filigrana.

El trazado de estos dibujos, que antaño era trabajo para la mujer del alfarero, se efectúan con un aguamanil de cinc. Pero..., serán los propios alfareros quienes expliquen estos procesos a manera de lección. ¿Qué se hace ahora?

- Si queremos la pieza en basto, se cuece y listo. Si vidriada, —me estoy refiriendo a Alba—, la bañamos con “greda”, que es de color rojo desvaído, y con el aguamanil cargado de “juaguete”, para el amarillo, practicamos unos dibujos sobre la “greda” que sup-nemos ya se ha secado. Tras un par de días, en espera de que se seque también el “juaguete”, damos otro baño al cacharro, esta vez con lo que llamamos “alcor”, o “alcohol de alfareros” —el alcor en Tamames se echa directamente sobre la pieza seca, sin ningún otro baño previo—. Luego, se esperan otros dos o tres días, y si tenemos buen tiempo y se puede cocer..., al horno con la loza.
- Recuerdo que hace años eran vuestras mujeres las encargadas de los dibujos...
- Hace años, y aún hoy, aunque con menos frecuencia. Realmente son las más indicadas, porque la pintura que hacemos es una especie de bordado y el gusto que ellas tienen, junto a la sensibilidad propia de su condición de mujeres, supera por regla general a los hombres. Pero..., la vida moderna, el ajetreo, la familia, y todos los inconvenientes que se quieran añadir, se suman para que no siempre puedan ayudarnos.
- ¿Hacéis siempre el mismo tipo de dibujos?
- Hasta hace años, no nos salíamos de las hojas, flores y cenefas, sin preocuparnos mucho del dibujo, porque

las piezas no tenían otro destino que loza habitual en la preparación de comidas. Ahora, al integrarse por fin nuestra cerámica en la decoración, sin que pierda en muchos casos su primitiva misión, caben formas mucho más caprichosas que, además de populares y fieles a la tradición, ya que se practicaban hace siglos, dan más vida y riqueza al “cacharro”.

EL COCIDO

Si interesante, y con sabor tradicional, es la creación de la pieza en el torno, no menos importancia debo conceder a este proceso. Los viejos hornos que solucionaban el problema de cocción a nuestros antiguos alfareros, siguen en el patio de la alfarería, resistiéndose a morir, rehusando la idea de pertenecer a un pasado lejano. Aún lanzan esas enormes bocanadas de humo, para anunciar que siguen ahí.

Son una fábrica cilíndrica de adobe o ladrillo viejo, jarrada con barro; un cilindro cuya base mide dos metros de diámetro aproximadamente, por otros dos de altura. En la parte de abajo, el hueco por donde penetra el fuego, que a través de tejas adosadas a la pared y chimeneas que se apoyan en el suelo, reparten el calor entre las piezas que allí se amontonan.

El alfarero, con sumo cuidado y sabia distribución, “encaña”, —coloca las piezas en el horno—, la loza; esta jarra más cerca del fuego, este plato más lejos, el botijo aquí, al otro lado el jarrón... Cuando está todo dispuesto, prende la leña, atiza la llama, y el humo hace su aparición al tiempo que el calor se reparte por los conductos dispuestos.

- ¿Cuánto tiempo tienen que estar ahí los “cacharros”?
- Estos concretamente, al tratarse de piezas vidriadas, hay que tenerlos de ocho a diez horas, con una temperatura que oscila entre los 800 y 1.000 grados centígrados a ojo, antes, hay que templar el horno un par de horas. Para la loza en basto, sobra con 4 ó 5 horas, a 400 ó 500 grados.
- Y luego..., ¿qué se hace con las piezas?
- Pues nada, cuando el horno está frío, se sacan los “cacharros” y con ellos a la estantería, en espera del cliente. Si el horno sale bueno, pierdes 20 ó 25 piezas de las 800 a 1.000 que se introducen. Si sale malo, mitad por mitad, e incluso menos.

- He notado que se concede mucha importancia al proceso, ¿a qué se debe?
- Es que se trata del momento cumbre. Una pieza bien cocida, es el mejor premio para nosotros, es algo así como la confirmación del torneado, que el barro que dimos forma en el torno, madura, se hace adulto, se convierte en pieza compacta.
Además por ser lo más difícil, hay que darle mayor importancia. Es la labor más ingrata, pasas horas y horas preparando, "encañando"..., y no siempre sale bien. Lo ideal sería el horno eléctrico, que te da garantías y menos trabajo, sin que la cerámica pierda puntos en la calidad artesana. Pero..., vale mucho...
- ¿En qué se nota un buen cocido?
- Pues..., un buen cocido... En fin, vamos a decírtelo: primero, que la pieza tenga brillo, si está terca, triste, significa mala cocción; segundo, que al golpearla, tenga sonido a metal, a campana; y tercero, por la coloración uniforme, aunque a veces, al entrar bocanadas de aire en el horno, algunas piezas toman tonalidades verdes, lo cual no significa mala cocción, e incluso las da más belleza.

LA CERAMICA ACTUAL

En la actualidad, el tema principal en la obra de nuestros alfareros, lo constituye la cerámica, sin quitar mérito alguno a ese tipo de piezas conocido por "filigrana" —típico de Alba de Tormes—, que podría definirse como "cerámica de modelaje" o algo así; este estilo, aunque con distintas formas, también lo encontramos en Tamames, con racimos y figurillas que decoran diversas piezas perfectamente torneadas.

No obstante, tanto los alfareros como los ceramistas más expertos, conceden mayor importancia a las piezas trabajadas totalmente en el torno. Y es precisamente este tipo de cerámica, la que ocupa a nuestros artesanos, con motivo de "cerámica popular", entendiéndolo por tal, las piezas más o menos grandes, más o menos decoradas con incisiones en barro basto o vidriado —Tamames y Alba de Tormes—, o con dibujos blancos sobre el basto o amarillo vidriado, en

contraste con el barniz rojo del vidrio, exclusivo de Alba de Tormes, que durante siglos, y aún hoy en muchos pueblos, sirvieron para cubrir necesidades en el hogar. El alfarero salmantino de nuestro siglo, rescata con magistral consecución esos objetos, y es prueba de ello, la demanda de loza, la venta a poblaciones importantes en producción de cerámica, premios en varias exposiciones, y la satisfacción de encontrar en el puesto de honor de museos y colecciones, objetos de cerámica hijos de los artesanos de la Villa Ducal de Alba de Tormes, o de Tamames.

Al contrario que en otros lugares, la cerámica de estas dos poblaciones salmantinas, sigue siendo legítima artesanía, sin que nuestros alfareros empleen en la fabricación de piezas otro molde que sus manos.

DE LOS ULTIMOS QUIJOTES BATIENDO LOS MOLINOS DE LA INDUSTRIALIZACION Y LOS PROBLEMAS

A lo largo del trabajo, he intentado tratar algunos de los problemas que amenazan la continuidad del artesanado en la alfarería salmantina. En Alba de Tormes, seis quijotes luchan con sus manos de barro contra los moldes de acero de la industria: Gregorio Dueñas, "Goyo"; Aniano, "Chaguete"; José Martín, "El Chato"; Bernardo Pérez, "Tadeo"; Francisco Pérez, "Paco" y Felipe Pérez, "Felipe". En Tamames, el problema aún es más serio; dos hermanos, Francisco García Martín, de 91 años y el alfarero más viejo de España, junto a su hermano Andrés García "Los Orejas", mantienen esta lucha solamente durante los veranos para satisfacer la demanda de los turistas. Para colmo, el único descendiente, Bruno, debido a una enfermedad de nervios, está incapacitado para que sus manos sigan creando arte como lo hicieron en otro tiempo.

La respuesta de los alfareros al preguntarles por el mayor problema, fue la siguiente: "Que nadie quiere aprender el oficio y esto termina desapareciendo".

En fin, pese a los problemas, aún pueden verse en nuestras alfarerías, el torno de patada, y los aperos del barro. Los hornos de leña, siguen humeando, y las manos enceras de mis alfareros, acarician con mimo el barro, para hacerle jarra, botijo, cántaro, o el antojo de la inspiración.



Cerámica de Alba de Tormes.